

cuerpo que viaja tan de prisa, / desheredado de la maravilla, / como un ángel torpe entre los basureros de la vida? [...] ¿Por qué el azar de escoger este cuerpo / que ya tenía la pobreza y la nostalgia adherida a su piel / y la derrota como su único oficio competente, / para luego colgar el corazón frente al sol de tu milagro?" (págs. 19 y 20); "¿Y si el alma es de piedra por qué ese mineral sueña con tu cuerpo?" (pág. 28).



Luego la señorita tristeza: "Las mujeres han salido de este cuerpo a los portazos / quejándose de mi tristeza" (pág. 13); "No es el leve testamento ni la tristeza de las noches" (pág. 15); "una lengua desconocida para mi tristeza" (pág. 19); "en mis ojos reconozco cada día el licor de sus tristezas" (pág. 21); "Deja en casa las canciones de antaño y las tristezas" (pág. 27); "el lugar de la tristeza en los muebles de la casa [...] ¿De los banquetes familiares y el tío que cobraba sus tristezas?" (págs. 33 y 34); "En San Petersburgo recordó en el Hermitage / mi triste afición por la pintura!" (pág. 41); "pesa su tristeza" (pág. 56); "el amor y el tedio / están hechos a la medida exacta de mis azares y tristezas" (pág. 59); "no conseguí usureros / que permuten las inmensas tristezas terrestres" (pág. 62); "Suponemos que todo esto es el mundo / enormes colecciones de tristezas..." (pág. 66).

2. Sea el paraíso: "¿O fue aquella muchacha cuando me sonrió / en su día libre del paraíso?" (pág. 18); "parentelas que te narran historias del rencor / y luego te cobran la expulsión del Paraíso" (pág. 43); "Acompaña la soledad del poema / y regresa como un ángel, ebria de Paraíso" (pág. 46); "Señor de mis fracasos y agonías / te ruego por mis palabras, única semilla del primer Paraíso" (pág. 56).

Sean sus guardianes: "Aquí la carne de los ángeles se consigue en los mercados" (pág. 19); "No vuelvas a convocar a los ángeles del desespero" (pág. 26); "Los sueños pronostican caída de ángeles quemados" (pág. 34); "Si el hombre tiene la edad de la mujer que ama / yo tendré la edad de un ángel" (pág. 47); "Urgente escucho un blues / para convocar a mis ángeles centinelas" (pág. 52); "mis ángeles se emborrachan / con el óleo fermentado de mi soledad" (pág. 56); "sostener junto a los ángeles / el mundo" (pág. 68).

3. Y esto se ve en los poemas, que no son pocos, de mayor excelencia: *Suenan timbres* (págs. 22-23), *A alguien debes amar* (págs. 43-44), *Jazz del solitario* (pág. 45), con su guiño a Jorge Teillier; *El corazón* (págs. 48-49), que remata muy bien ("llueve en él / y grandes charcas hacen de sus calles / un barrizal de desencuentros. // Prefiero tus ojos") a pesar de que el tema podría tornarse peligroso por la tentación sentimental; *Noticia desde los huesos* (págs. 50-51); *Un blues en la memoria* (pág. 63) y *Pastería Metropól* (págs. 64-65).

Un poeta a gusto con su destino

Las contadas palabras y otros poemas
Oscar Hernández Monsalve
Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2007, 187 págs.

Óscar Hernández Monsalve, quien nació en Medellín en 1925, es uno de esos poetas que, haga lo que haga y diga lo que diga, nunca ha dejado de creer en la poesía como una de las cosas esenciales de su vida. Lo anterior lo digo pensando en esos momentos en que un poeta siente cansancio de los versos que escribe y que lee, o de la a veces irritante parafernalia de la vida de los poetas, momentos en que se le oyen al escritor palabras de deslinde, ganas de no entrar más en los mundillos de la poesía.

A Hernández se le siente esa distancia y en ocasiones se le han oído frases en ese sentido. Pero no. Su vida y sus libros dicen claramente que su filiación con la poesía es una marca de nacimiento y que no hay manera de escapar. Los años, ya lar-

gos, decantan con solvencia y con un silencio sabio los avatares de la realidad.

Fue un escritor precoz porque a los quince años se inauguró como periodista en *El Correo de Medellín*, un oficio que ha ejercido a lo largo de su vida y que hoy, a sus 82 años, conserva intacto, ya no como cronista, reportero o redactor, sino como columnista en *El Colombiano*, también de Medellín. A los 25 años se inició como poeta con *Los poemas del hombre*, un género que, después de varios títulos, todavía no abandona porque, aun hoy, mueve entre las manos de sus amigos un libro de confección casera con poemas inéditos recientes.

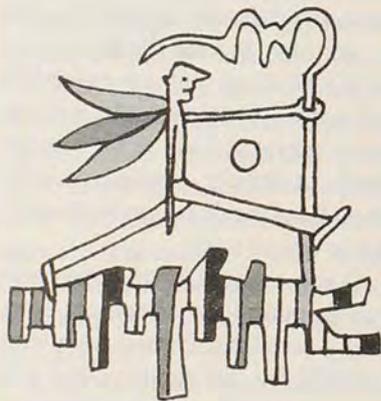
En los trabajos y los oficios que el escritor ha desempeñado a lo largo de su vida ha puesto, invariablemente, el carácter especial que pertenece a quienes se enamoran de la vida más allá del "cumplimiento del deber". Afabilidad y talento han sido dos constantes que lo han hecho, si no un hombre feliz a la manera como cierta estolidez estandarizada vende esa expresión como una fórmula, sí con seguridad alguien cuya impronta hace volver los ojos sobre su obra. Reportero, boxeador, actor, viajero y escritor son actividades que hablan de quien no se toma la vida demasiado en serio y sí, en cambio, ha entendido que para vivir plenamente, sea cual sea la suerte al final de todo, nadie puede prescindir de una buena dosis de humor y de un gusto absoluto por lo que se hace.

Como escritor, Hernández, además de periodista y poeta, es cuentista y novelista. Es natural que en la prolijidad que significa una obra de muchos títulos, haya unos menos buenos que otros. Pero su obra, en general, es de momentos extraordinarios en prosa y en poesía, y habla a las claras de un creador auténtico.

En 1965 ganó el segundo puesto del Premio Esso de Novela con *Al final de la calle*, y sus cuentos y poemas han formado parte de varias antologías a lo largo de los años. Manuel Mejía Vallejo, Fernando Charry Lara, Óscar Collazos, Mario

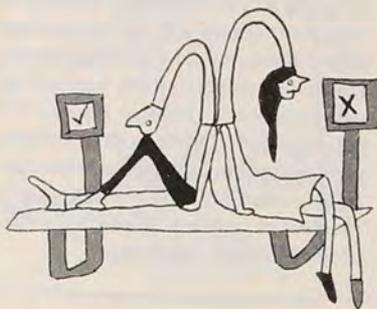
Rivero y Mario Escobar Velásquez, entre otros, han llamado la atención sobre la importancia de su obra, tanto en narrativa como en poesía. Y editorialmente, en dos ocasiones se ha hecho un reconocimiento importante de su poesía: la Colección de Autores Antioqueños de la Gobernación de Antioquia publicó *Las contadas palabras* (1958), su, digamos, título emblemático; y en 2007 la Universidad Nacional de Colombia publicó, *Las contadas palabras y otros poemas* en su colección de poesía, libro recobrado.

No puede hablarse, pues, de un olvido total por parte de la crítica y de los lectores de Óscar Hernández. Podría decirse, sí, que en el afán de los medios de comunicación (entendible de alguna manera) por resaltar nuevos autores, premios, lanzamientos y demás, un nombre como el suyo no aparezca con la justicia que debería aparecer ni sus libros representen un especial interés comercial de editoriales y promotores de lectura. La vuelta hacia su obra, podría decirse, está reservada para quienes, a estas alturas, se han curado ya de la ventisca de novedades y promociones comerciales.



Un libro como *Las contadas palabras y otros poemas* comporta una poesía que, escrita hace alrededor de cincuenta años, conserva una gran vitalidad. Se perciben allí resonancias de poetas de gran fuerza en aquel momento: Neruda, Vallejo, Vidales, voces difíciles de soslayar en tiempos en los cuales los recientes y más avisados poetas querían

sacudirse de los tópicos de una poesía como la del piedracielismo que, a su vez, no se destetaba del verso español de finales del siglo XIX y comienzos del XX. A Hernández Monsalve se le nota su color local. Hay en él lo que se le reconoce a un verdadero poeta: una gestualidad que singulariza su voz y hace reconocible el entorno de su poesía. Cuenta con un humor delgado y fino, y el tono familiar de lo que se dice al oído:



*Hoy no sé nada.
Pregúntame otra vez el qué, el
[cuándo,
las dos manos, el día, los
[volcanes,
el número romano a dónde
[sirve,
si un nombre lleva al dueño a
[parte alguna,
si a las seis no se pueden los
[suspiros*

[...]
[El día de las palabras, pág. 112]

Hernández se atrevió, en *Las contadas palabras*, a nombrar de otra manera. Es evidente que quiso abandonar el marcado acento lírico imperante aún en la poesía de la época y fue uno de quienes primero atendieron el tono menor, la voz al oído, la palabra coloquial.

Ni Barba Jacob, ni Silva, ni ninguno de los ismos colombianos influyeron en él. Tal vez sí Aurelio Arturo, no en el paisaje, que no hay ninguno aquí, sino en el tono, en la intimidad de la voz. Al fin y al cabo por ahí iban un Álvaro Mutis, un Mario Rivero, un Rogelio Echavarría, un Charry Lara y, un poco antes, un Luis Vidales, para mencio-

nar nombres que revolcaron para siempre la bien peinada poesía colombiana de aquellos años.

No había paisaje (en Mutis sí lo había, pero también era otro) porque a mediados del siglo pasado la ciudad en Colombia, aunque precaria y con olores montunos todavía, empezaba a poner su ritmo y a convertirse en tema importante de escritores y poetas. No era el París de *Le Spleen de Paris* de Baudelaire de hacía cien años en el comienzo de aquella urbe, pero sí el Medellín de obreros, tangos, fritangas y aguardiente de *Poemas urbanos* (1966) de Mario Rivero. La Bogotá gris y lluviosa de pequeños bares y de incipientes burócratas y mentideros políticos de *Los pacientes de Ester* de Luis Fayad. El paisaje era de calles, de barrios en construcción, de algunas edificaciones que, por sus dimensiones, empezaban a darle forma a la urbe, de tranvías atestados de antiguas gentes del campo que ya disponían sus sentidos al sonido, los olores, los sabores, el tacto y el paisaje de la ciudad en ciernes. Y disponían sus brazos y sus sueños para las pequeñas y las grandes guerras. La guerra diaria del pan en fábricas asfixiantes, y las otras, las de los mil rostros de la violencia. Hernández dice en *Las contadas palabras* de 1958:

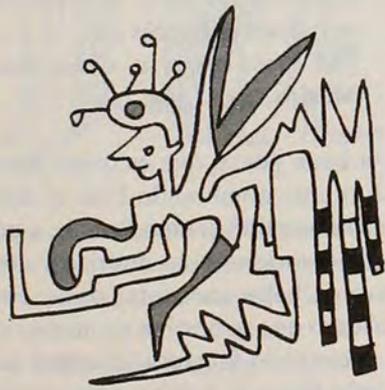
*'No escupa sobre el suelo'.
'No fume'. 'Haga silencio',
que están cortándole las manos
[a un hombre
en el salón vecino.
No escupa, que la saliva
suena sobre el piso
como el golpe de una moneda
[muerta
en el sombrero de un mendigo.
No fume, que el tabaco
y el humo nos recuerdan
la producción en serie de
[cadáveres
salida de las fábricas.*

[...]
[Se prohíbe la entrada de los
muertos, pág. 55]

Y en *Habitantes del aire* (Editorial Alborada, Medellín) de 1964:

*La voz del electrón
su voz de mando
viene de la lata nube
hasta este bajo grano;
sabe, entonces,
a hongo metálico,
a lluvia dura, a sopa de pesadas
[violetas,
a sargento aviador decapitado,
a sangrante marino.
Pero, de todos modos, lo que
[más mal sabor
tiene en nuestros labios
es el alimento ausente
de los bombardeados.
[...]
[Segundo sabor, pág. 51]*

Alude una dura realidad y compendia en ello el dolor y la muerte, pero su voz, que es política aquí, se vale del poema, del tono irónico una vez, de la contundente metáfora otra. Se mofa del poema en otra parte, hace trizas la reverencia hacia un género que, en general, hasta el momento había sido practicado por gramáticos y políticos que seguían las más estrictas condiciones que dictaba el canon, sobre todo el español. Así, en *Amaos idiotas* dirá:



*Amaos —¡idiotas!— los unos
[con los otros,
amaos entre todos, porque si no,
¿entre quiénes?
¿Cómo os dijera que esto no es
[lo que la gente
llama poesía?
¿Cómo os dijera que estos no
[son versos?
¿Qué hiciera yo para clavaros
[las palabras,
para deciros que es una*

*[obligación?
Que os améis, mis hermanos,
que me améis un segundo,
que tendáis una víscera muerta
[al pobre cuervo
y no martiricéis la espalda de
[los sapos,
ni rompáis su croar con
[vuestras piedras
[...]
y no esperéis que los ladrones
[rompan los cerrojos,
id a buscarlos sobre sus
[esquinas,
averiguad por ellos a todas sus
[ganzúas
y a todas las tabernas
y hurtad sus sacos para
[llenarlos de pequeños objetos.
¿Que os améis mis idiotas, que
[os améis!
[...]
Comed tan buenamente, como
[si se tratara
de una torta que en todos sus
[extremos esperase una boca.
¿Pero, por qué no os amáis?
¿Por dónde se ha quedado el
[corazón?
¡Idiotas! Idiotas, hay qué
[amarse,
pero hay que hacerlo por
[encima de eso
que estáis llamando amor
[págs. 80-83]*

En Colombia, tal vez solo Luis Vidales (1900-1990) hablaba de esa manera en el poema. En *Suenan timbres* (1926) el autor de Calarcá entró a saco a la poesía colombiana. No hizo ninguna reverencia a una tradición a la que, más bien, se encargaría de dislocar. La noche, la luna, el arte, las flores, la música, el paisaje... todo fue nombrado de otra manera por Vidales. Todo fue tocado por el humor. A lo más trascendente le dio la vida del trato cotidiano: "Por medio de los microscopios / los microbios / observan a los sabios". (*Súper-ciencia*, pág. 27, en *Antología poética*, Editorial Universidad de Antioquia, 1982).

La naturaleza, la ciudad, la muerte, el destino, todo es aludido en clave de risa. Con ello Vidales le dijo no a la literatura entronizada en el

poder. Al arte anodino representante de poderes anodinos. Cofundador del Partido Comunista de Colombia, eligió para la poesía las armas sutiles de la ironía y de la palabra serena que conversa con el mundo apoltronada en una larguísima tarde de ocio. Por lo menos en *Suenan timbres*.

Es difícil soslayar una influencia de la poesía de Luis Vidales en la del Óscar Hernández de *Las contadas palabras*:

*Estuvimos alegres,
pero alegres como dos criadas
[de domingo.
Estuvimos oliendo a madera
[cepillada;
alegres de los zapatos al alma.
[...]
[Viva y santa alegría, pág. 91]*

Veo natural un hipotético contagio inicial que maduró y se convirtió en la solidez de una poesía cuyo aire todavía sopla nuestros tiempos como es la del poeta antioqueño.

Hernández señaló una modernidad que le fue dictada desde su ser mismo de poeta, desde su espíritu adelantado a tiempos mojigatos al igual que temerarios y regidos por iglesias y demás oscurantismos. *Las contadas palabras y otros poemas* pone en el sitio que se merece a una poesía que el tiempo, que en literatura es igual a decir lectores, ha sabido no olvidar.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Lo breve, si bueno...

Breviario de Santana

Fernando Herrera Gómez
Bogotá, Editorial Universidad
Nacional de Colombia, 2008, 85 págs.

Fernando Herrera Gómez (Medellín, 1958) es autor de cuatro de los poemas más colombianos de nuestras letras, para hablar en los términos en que no debería hablarse de